



Universidad  
Nacional  
de Rosario

TRABAJO INTEGRADOR FINAL

**Tras las huellas del deseo:  
un recorrido por la herencia spinoziana  
en la ética psicoanalítica**

ENSAYO

Autora: Sofía Bambace

Legajo: B-5178/1

Docente responsable: Arián Racca

*Año 2023*

*Tras las huellas del deseo*

*A los garantes de mis sueños, mi familia  
que al mostrarme el rumbo me dió la libertad de  
construir cada vez el camino que quiero  
por acompañarme en este proceso interminable de aprender a perder.*

*En particular, a mi mamá  
por enseñarme que, con persistencia  
el límite de mi deseo es el cielo.*

*Y a mi papá  
por enseñarme que en la urgencia de mi pasión  
el cielo no existe.*

*A los que alimentaron esta pulsión de saber y me incitaron a trabajar de ello.  
Los mentores de esta sofista, Malena y  
Arián.*

*A todos los compañeros y compañeras que se han arriesgado conmigo y me  
enseñaron a reír en la desesperación de unos dramas que hoy son comedias*

*por su amistad.*

*Al amor de mis amores, Monchito  
que se ha comido la Ética del Psicoanálisis entre nuestros dos corazones  
por la gran fuga de besos.*

*A Santiago,  
por haberme robado el amor del Rey para llevarme a vivir  
para que todo sea nuestro.*

*A cada uno de ellos y a Perón,  
por darme la pasión del trabajo y un trabajo que me apasiona.*

1

*Tras las huellas del deseo*

## **ÍNDICE**

**Agradecimientos 1 Palabras Preliminares 4 Introducción 5 Desarrollo 7**

1. ¿Por qué la ética? 7 2. En cuanto a la moral 8 3. Ética del deseo: una razón  
apasionada 10 4. Ética del Psicoanálisis 11 5. Lacan con Spinoza 13

**A modo de cierre 16 Referencias Bibliográficas 18**

## **Resumen**

La propuesta de este trabajo es pesquisar aquello que Jacques Lacan leyó en la teoría de las pasiones de Spinoza para poder conceptualizar la ética del psicoanálisis. El psicoanálisis surge en condiciones determinadas por un cierto clima de época y reconocer sus influencias y antecedentes es fundamental para tener una perspectiva más completa y contextualizada de sus conceptos. Conforme se realice ese análisis, se podrá responder desde allí a una preocupación ética actual respecto a los discursos normalizantes atravesados de conceptos psicológicos que, al intentar desvanecer los síntomas, desvanecen al sujeto y refuerzan las lógicas de exclusión. La hipótesis es que Spinoza, al hacer de su *Ética* un *más allá* del bien y del mal, propició el suelo fértil para los fundamentos de la *Ética* lacaniana. Este trabajo se compone de cuatro partes: en primer lugar, la importancia de la posición ética y su superioridad revolucionaria ante las psicoterapias; en segundo lugar, la diferencia entre ética y moral y un repaso por las morales tradicionales; en tercer lugar, el vínculo entre la teoría spinozista de las pasiones la libertad y la democracia; lo propio de la *Ética* del Psicoanálisis: el deseo del analista; y por último, una relación entre Lacan y Spinoza. Hacia el final, el giro subjetivista desde el Bien Supremo spinoziano al texto de la *Ética* del Psicoanálisis, que explica el fin de la experiencia analítica como un bien-decir.

## **Palabras clave**

Ética, Psicoanálisis, Deseo.

### **Palabras Preliminares**

En ocasiones algunos sucesos desafían nuestra comprensión. Historias que se tejen en los rincones más oscuros de la sociedad y revelan las nefastas consecuencias de una moral incuestionada. Es el caso de Javier Messina, un músico callejero cuya vida fue arrebatada por el implacable escrache que se conoció como *la muerte del Dios Punk* (Molina, 2022). En 2019, Javier decidió acabar él mismo con la tortura que lo persiguió durante trece meses y lo había convertido en el blanco de una furia colectiva, impulsada por la voracidad de una moral sin cuestionamientos. Fue acusado, perseguido y agredido por un delito que no cometió.

Un año antes, víctima del escrache generado a partir de una falsa noticia, la imagen de su rostro con la leyenda *secuestrador* fue viralizada por redes sociales. En el mismo acto fue acusado y sentenciado de drogar a una chica y de formar parte de una red de trata. Su singularidad fue señalada entre el montón por la cicatriz de algunos padecimientos mentales ante los que la sociedad suele reaccionar con rechazo. Durante un año, aún sin pruebas, ya que los análisis toxicológicos dieron negativos, lo hostigaron sin descanso: le quemaron sus pertenencias, lo persiguieron por el frágil circuito de espacios que le permitía habitar el mundo a su manera. No soportó quedar en ese lugar de estigma que resurgía de las cenizas del discurso lombrosiano, desnudando el punitivismo propio de la moralización de los lazos de la época.

Este trágico episodio arroja luz sobre un fenómeno muy amplio: la peligrosa consecuencia de abrazar una moral inquebrantable y dogmática, que desconoce las

complejidades y puede llevar a convertirnos en jueces implacables, dispuestos a castigar sin compasión a aquellos que, comandados por su deseo, salieran de los cánones de la normalidad. La necesidad de construir un camino más reflexivo nos recuerda la fragilidad de nuestras propias convicciones. Nuestro posicionamiento ético exige el constante examen de nuestras acciones y juicios, para recordar que el reconocimiento de la alteridad y el respeto de la diferencia son elementos fundamentales para construir una sociedad en la que todos tengan oportunidades y derechos garantizados.

La búsqueda ética no se trata de imponer una única respuesta correcta, sino de cultivar la capacidad de interrogarnos, de escuchar y de reconocer la diversidad de experiencias y perspectivas que existen en nuestra sociedad. Al abrirnos a lo singular, podemos construir puentes de comprensión, promoviendo así una sociedad del diálogo y la inclusión, una sociedad más justa, solidaria y equitativa, donde cada uno tenga la oportunidad de desarrollarse plenamente y de ser valorado en su singularidad.

## **Introducción**

*Uno inventa. Uno inventa lo que puede.  
Lacan.*

La escena de cine en que la protagonista se dirige al bosque a medianoche a sabiendas del lobo feroz, la queja del neurótico obsesivo sobre la demanda a la cual no puede dejar de responder, la parte de Dora en el desorden del que se queja. ¿De dónde proviene esta tensión entre las repetidas acciones del sujeto y su deseo? ¿Qué es lo que hace que uno, aún sabiendo qué es lo mejor y conveniente, hartas veces elija lo peor, la servidumbre?

En el auge de las psicologías y las terapias, una embestida de ofertas desmedidas de tratamientos y promesas de felicidad pareciera asegurar que basta con someterse a algunas técnicas universales, siempre efectivas y fáciles de seguir, para cortar de una vez y para siempre con el sufrimiento. Al instalar discursivamente una sociedad de idénticos “rockeros bonitos, educaditos, con grandes gastos, educaditos” (Patricio Rey y los Redonditos de Ricota, 1986), inmediatamente son señalados aquellos grupos o individuos que no se ajustan a las normas instituidas y, cargando con el estigma de la propia marginación, son negados sus derechos y oportunidades. Además, la falta de espacio

para la expresión auténtica y la supresión del deseo singular pueden generar una sensación de vacío y desconexión con uno mismo. La felicidad, para Hannah Arendt (2009), no radica en la búsqueda del bienestar personal, sino en la participación en la esfera política y en la capacidad de actuar y pensar en conjunto con otros. Por ende, es imposible ser felices en un contexto de privatización de los problemas sociales que ha debilitado los lazos solidarios.

A contrapelo, el discurso psicoanalítico permite la emergencia del sujeto de la palabra en toda su singularidad. Posición que nos compromete a dar cuenta de aquello que hay de azaroso, contingente y singular en la experiencia analítica y –por qué no– en la misma escritura, si es que el significante en cuanto tal no significa nada. Por ello, se ha escogido la modalidad de escritura ensayística, porque le da lugar al movimiento de la letra. Se trata de una operación de desarticulación del sentido, para trabajar con la verdad singular que se pone en juego.

El propósito de inscribir al psicoanálisis en su propia genealogía es reconocer que sus conceptos, métodos y enfoques no surgen de la nada, sino que están enraizados en una trayectoria histórica. De ahí este trabajo, que se mueve por el interés de pesquisar lo que Lacan leyó en la teoría de las pasiones de Spinoza, para poder conceptualizar la Ética del Psicoanálisis. La hipótesis es que el filósofo racionalista, al hacer de su Ética un *más allá* del bien y del mal, propició el suelo fértil para los fundamentos de la Ética lacaniana.

La mirada spinoziana nos invita a adentrarnos en la exploración del modo en que el hombre se comporta y se va apropiando de su vida, develando así las posibilidades de aumentar la potencia de actuar y perfeccionar al máximo la naturaleza humana: “Dado que hacemos muchas cosas de las que después nos arrepentimos (...) y que cuando hay en nosotros conflicto entre afectos contrarios, reconocemos lo que es mejor y hacemos lo que es peor” (Spinoza, 1980, p. 88). Presentada al modo de un afuera de los imperativos, la ética es aquella que se ocupa no de aquello que debemos hacer, sino de aquello que queremos hacer.

En este sentido, los conceptos de libertad y ética están estrechamente relacionados en tanto que ambos hacen referencia a un querer ser. El primero es la facultad que tienen los individuos de actuar como quieren. El segundo, las razones que los hacen preferir tales o cuales acciones y que, en definitiva, guían sus elecciones. La pregunta central en la filosofía de Spinoza no es qué *debo* o qué *puedo* hacer, sino qué *quiero* y allí es donde se hace evidente cómo el deseo se va relacionando con la libertad. Ahora bien, para hablar de una libertad con fundamentos éticos según esta perspectiva, hay que considerarla como un propósito ya que la libertad es el esfuerzo mismo del

hombre por afirmar su existencia, por perseverar en su ser. Se comprende entonces que la ética no es la libertad en sí misma, sino el trazar las direcciones para llegar a ella: se trata de reflexionar sobre la acción humana erigiendo como tarea fundamental un grado de conciencia para convertirnos en hombres libres. Por ende, hablamos de la ética como fundamento de una libertad donde no sólo importa lo que es valioso para uno mismo.

Si el psicoanálisis es una actividad ética, lo es precisamente en la medida en que parte de centrar su acción en un sujeto que se responsabiliza de sí en cuanto sujeto del deseo. Desde allí partió Lacan -o más bien, volvió a partir- del paso antiguo de la filosofía. A saber: la ética no ha de estar referida a la obligación pura (Lacan, 1998). El análisis revaloriza el deseo en el principio de la ética, que es una ética singular del sujeto sufriente, de un sujeto que se introduce en el orden del deseo. Sampson (1998) lo dice con bella perspicacia: es una ética de la verdad que escapa de la boca del hablante-ser.

La cura es “una demanda que parte de la voz del sufriente, de alguien que sufre de su cuerpo o de su pensamiento” (Lacan, 2012, p. 538), sufrimiento que traduce la impotencia subjetiva frente a lo que se percibe como insoportable y, por lo tanto, aquel

que sufre no es sino el sujeto. La clínica del sujeto se mueve en una dimensión ética que esquivada y rechaza toda terapéutica y búsqueda del bien y denuncia el deber de cumplimiento moral en tanto que engendra formas cada vez más feroces.

Hacia el final del desarrollo, un testimonio del desplazamiento lacaniano que se aleja del bien supremo spinoziano y considera más bien el fin de la experiencia analítica como un bien-decir. El *deber decir* que Castellanos (2013) deduce del *Wo Es war, soll Ich werden* (allí donde Ello era, Yo debe advenir), nos permite pensar en qué sentido el fin del análisis es un bien-decir. Del lado del analizante, se trata de un bien decir alrededor del goce pulsional que anuda satisfacción y malestar, lo que denota la imposibilidad del lenguaje que impide que todo pueda ser dicho e incluye concomitantemente la posibilidad de poder asumir la falta, este imposible de decir.

Se han presentado los fundamentos básicos que dan sustento a esta producción: la problemática de la ética en la práctica, su relación diferencial con la moral, los puntos de una genealogía para hacer presentes los saberes y discursos que permiten leer este concepto, y la necesidad ética de pensar la función del analista en contraposición al lugar de saber de las nuevas psicoterapias.

## **Desarrollo**

### **1. ¿Por qué la ética?**

*Freud reconoció que ese era el principio de su poder, en lo cual no se distinguía de la sugestión, pero también que ese poder no le daba la salida al problema sino a condición de no utilizarlo.*

*Lacan*

La ética es un tema crucial en Psicoanálisis, ya que implica una reflexión profunda sobre la responsabilidad del analista y la manera en que debe responder a las demandas del analizante en la práctica cotidiana. En este sentido, lo que nos compete no se reduce

a un conjunto de reglas o principios morales, sino que implica una comprensión aguda de la subjetividad humana y de la dinámica del psicoanálisis como práctica clínica.

No es sin esta reflexión ética que se podrán abordar las problemáticas de la clínica y ofrecer al paciente una orientación que respete su dignidad y su libertad. Al contrario, para el ejercicio de la moral es necesaria la vigencia del juicio. La moral se encarga de evaluar las acciones humanas, es la instancia que establece una diferencia entre el bien y el mal. Freud (2013) ya se erigió en 1905 contra esa moralina psicológica al plantear la máxima oposición posible entre el psicoanálisis y otras prácticas terapéuticas (técnicas sugestivas). Estas últimas buscan silenciar el sufrimiento y el síntoma, acomodándose a un ideal terapéutico que, o conduce al fracaso porque reaparece el síntoma, o reduce la vitalidad del sujeto. La pérdida es inevitable.

Cuando los psicólogos se mantienen en una posición sugestiva e intentan adecuar la conducta del paciente a un ideal de comportamiento, proponen significados que no conciben con la enunciación del analizante y que van cercenando la posibilidad de que ese sujeto comience siquiera a querer saber algo sobre el sentido de su síntoma. En este panorama opera el discurso del Amo, cuyo fin es que las cosas *marchen al ritmo de todo el mundo* (Lacan, 1988). Ocupar esta posición implica la creencia de saber qué es lo mejor para ese individuo, es decir, para todos, y el desconocimiento de la falta estructurante que forja el deseo. Pero ¿qué es lo peor que puede pasar si en pos de acallar el sufrimiento del consultante uno lo dirige hacia la buena y seductora idea de la normalidad?

En primera instancia, la moral es hija de la coyuntura y como tal, no existe un bien universal, histórico, en lo que respecta a las subjetividades. Por ejemplo, en 2017 el Tribunal de Ética del Colegio de Psicólogos de Santa Fe sancionó a una psicóloga por imponer sus creencias religiosas al utilizar sus habilidades profesionales para convencer a una niña, víctima de una violación, de interrumpir la solicitud de ILE que había presentado con su madre (Rodríguez, 2021). No se trata de que sus convicciones sean buenas, malas o prejuiciosas, sino que no sean impuestas por el analista, su ideología no puede imponerse como legislación moral de la conducta del paciente, incluso cuando su opinión no fuera tan controversial como en este caso. La experiencia moral lo relaciona a uno con su propia acción, pero no sólo en cuanto ley, sino como una tendencia, un bien al que lo convoca, construyendo un ideal de conducta; en cambio, la dimensión ética se constituye más allá del mandamiento.

Inscribir el psicoanálisis en su propia genealogía, al decir de Allouch (2007), es reconocer que sus conceptos, métodos y enfoques no surgen de la nada, sino que están enraizados en una trayectoria histórica. A lo largo de su enseñanza, Lacan ha criticado duramente la reducción del psicoanálisis a una reeducación del sujeto en aras de responder a la demanda de felicidad; la primera vez que conceptualiza la Ética del Psicoanálisis es en el seminario dedicado al tema y dictado entre los años 1959 y 1960, pero ya antes del mismo se encuentran referencias más o menos explícitas al respecto. En *La dirección de la cura y los principios de su poder* critica duramente algunas teorías psicoanalíticas de su época, las descalifica al llamarlas *antifreudianas*. La concepción de

que el dispositivo freudiano consista en una reeducación emocional cuyo fin fuera la identificación del sujeto con el Yo del analista, es refutada por la división del sujeto, la *carencia de ser* y el agujero del deseo. Y esto es lo más importante: en este texto ya dice que lo que se propone como objetivo final no es ni la felicidad ni el bien del paciente (Lacan, 2014).

No ceder ante este principio maligno, es decir, el hacer *el bien*, es resistir la demanda y es ésto lo que hace un analista cuando ha de pagar con "lo más esencial de su juicio más íntimo" (Lacan, 2014, p. 561). Un contraste radical con los contenidos de los medios de comunicación, las redes sociales o las charlas TED dictadas para la crédula

platea de la moral, donde los psicólogos se ponen de acuerdo en escoger las nuevas categorías que incluirán en el manual de las zonceras (educación emocional, toxicidad de las relaciones, superación personal, etcétera). Por suerte, no es por la *doxa* que se rige nuestra práctica y Lacan advierte en el Seminario dictado sobre La Ética del Psicoanálisis (1998) que un analista no debe orientar su juicio ético por el *ser*, sino por la *carencia de ser*, estructurante del deseo. La importancia de la posición que ha de adoptar un analista durante el proceso terapéutico se enmarca en una ética del deseo, que está enfocada en el corazón del ser y que dirige la acción del análisis, es decir, la interpretación y la transferencia, proponiendo como fin del mismo la asunción de esa falta.

¿Por qué la pregunta sobre la ética *del* psicoanálisis es importante al momento de abordar un proceso terapéutico? ¿En qué exige *un* análisis la revisión ética? La cura dirige al sujeto a las puertas de elegir si quiere lo que desea. Allí deberá pagar el rescate de su deseo y no habrá lugar para sugestivos juicios morales.

## 2. En cuanto a la moral

*Una ética, no una psicología.*

Desde los inicios de su obra, Freud puso sobre la mesa un conflicto fundamental entre las imposiciones de la moral civilizada y las pulsiones sexuales, las cuales poseen una naturaleza amoral. Más adelante, Lacan (1997) dedicó un año entero de su Seminario, entre 1959 y 1960, a la articulación entre ética y psicoanálisis. En este sentido, es esencial rescatar los aportes de teorías morales elementales que permiten comprender el desplazamiento freudiano, un giro teórico en la cuestión moral para abrir el interrogante de sí, en última instancia, el progreso teórico del psicoanálisis no estaría encaminado hacia lo que se podría denominar un moralismo más comprensivo.

Es importante no perder de vista que la clínica psicoanalítica implica la suspensión de la dimensión del Bien, lo cual la diferencia de cualquier elaboración ética precedente. De manera brillante, la ética psicoanalítica emerge en contraposición a la ética tradicional de filósofos como Aristóteles y Kant, cuyas producciones han vinculado el bien al placer, proponiendo en cada caso un nuevo ideal para reemplazar el ideal anterior. Históricamente, el pensamiento moral se ha desarrollado por un derrotero esencialmente hedonista. En cambio, el descubrimiento freudiano concibe al Bien Supremo como una barrera en el camino del deseo, rechazando todo ideal, incluso la promesa de felicidad. Por lo tanto, el encuadre sostiene su vigencia: el deseo del analista no ha de pretender consolar o hacer el bien.

Una lectura de la herencia filosófica permitirá comprender los conceptos y operatorias propias del psicoanálisis, así como los giros conceptuales alrededor de las mismas ideas. Con este fin se propone el abordaje de algunas de las teorías morales que menciona Lacan (1997) en el Seminario 7, con un enfoque especial hacia el final sobre la ética spinozista.

El amor cortés es un ejemplo de ese estudio, para ilustrar una forma particular de idealización y sublimación amorosa en la cual el sujeto se entrega a un amor imposible de alcanzar plenamente. Se dan allí los fundamentos de cómo este ideal amoroso de la

Edad Media, basado en la adoración y la distancia máxima entre amante y amado, puede tener implicaciones en la ética, es decir, en la forma en que los sujetos se relacionan con el deseo y el objeto de deseo: “el objeto femenino se introduce por la muy singular puerta de la privación, de la inaccesibilidad” (Lacan, 1997, p.147). A través de esta referencia, Lacan examina las diferentes formas en que se han concebido y vivido las relaciones

amorosas a lo largo de la historia y las implicaciones psicoanalíticas de dichas concepciones.

Como parte de la exploración de diferentes concepciones éticas a lo largo de la historia, también conviene hacer una lectura crítica aquella que produjo el vaciamiento de todo objeto de deseo. Los postulados de Immanuel Kant ubican un imperativo cuya exigencia apunta al sacrificio de todo objeto, erigiendo una máxima de acción universal que se convierte en un patrón de conducta para todos los sujetos, elimina las excepciones y elude las contradicciones. Sin embargo, la singularidad inherente al deseo no se alinea con la universalidad buscada por la ética kantiana, ya que no existe un objeto de deseo que sea universal. Este enfoque idealista busca una voluntad pura, que quiera independientemente de un objeto particular, transformando esa voluntad en un deseo orientado hacia el Bien, de este modo Kant vacía ese espacio de objetos y coloca allí la fórmula moral según la cual actuar de modo que la máxima de acción pueda considerarse una máxima para todos. Al situar la ley en el lugar del deseo, el sujeto actuará siguiendo el imperativo categórico, ya que el deseo ha quedado suprimido como soporte de la ética.

Para Kant, el deseo es una desviación respecto a la voluntad racional, que persigue el bien ideal. El psicoanálisis en cambio hace hincapié en el deseo en tanto condición del sujeto, promueve un *saber hacer* con el deseo que nos habita, propuesta que Lacan llamará un bien-decir acerca del deseo. En otras palabras, Lacan se está refiriendo a una ética con el saber no sabido, es decir, una ética ante lo real que implica una defensa contra el goce del Otro.

Es necesario tener vigente que la moral no es cosa dada de antemano, sino que es producto del consenso social, en un tiempo y un contexto particulares. En cambio, la ética será más bien una cuestión de responsabilidad subjetiva, es decir, cada sujeto deberá asumir la responsabilidad de sus acciones en lugar de acatar, sin chistar, un conjunto de reglas universales. Tampoco se trata simplemente de decir que la ética es propiedad exclusiva de un individuo emancipado de la moral pública porque, como bien dice Sampson (1998), no es posible pensarla por fuera del entramado social que le es propio, lo que implica una relación con el semejante que hace funcionar inevitablemente expectativas, demandas y respuestas que el sujeto no puede recusar.

Entonces, sostener la distinción entre ética y moral es el pilar que guía nuestra praxis que, en cuanto clínica del sujeto descentrado, se diferencia de las psicologías del yo; yo que ha sido y será el rector de la moralidad, pero ¿y el sujeto? No puede ser el clásico sujeto autorreflexivo de la filosofía o de la psicología. El sujeto de la ética es un sujeto carente, que no se puede tomar a sí mismo como objeto porque no se reconoce; no puede ser sino el sujeto del inconsciente y decimos ético precisamente porque el estatuto del inconsciente es ético y no óntico (Lacan, 1987). Óntico en el sentido en que a lo real no le falta nada, se basta a sí mismo; la misma lógica argumental de Spinoza al ilustrar que el ser tiene perfección y no hay privación posible. La ética de que se trata en el psicoanálisis es la de un sujeto sufriente, es decir una dimensión singular del sujeto que se introduce en el orden del deseo.

Cómo pasar por alto que el asesinato del padre partió del paso antiguo que dió la filosofía al negar que la ética pueda estar referida a la pura obligación. El psicoanálisis vino a revalorizar el deseo en el principio de la ética, al postular que el hombre en su acto tiende hacia un bien, la pregunta que se abre es a cuál. La propia censura, que al comienzo es la única representación de la moral, va a tomar del deseo su energía.

Como un eco del instante en que Newton presenció la caída de la manzana y descubrió la gravedad, ¿cuál fue la fuente de inspiración que Lacan encontró para concebir la Ética del Psicoanálisis?

### **3. Ética del deseo: una razón apasionada**

*Llamo ética a la convicción revolucionaria y a la vez tradicionalmente humana de que no todo vale por igual, de que hay razones para preferir un tipo de actuación a otros.*  
Savater.

En el seminario dedicado al deseo y su interpretación, Lacan (2014) inscribe toda moral dentro de la tradición hedonista y denomina Ética de Amo a esta identificación del placer con el bien, cuestiones que retomará un año después al comentar la ética de Aristóteles. Es entonces cuando podrá situar en las antípodas del hedonismo a quien ya consideraba un precursor de la teoría analítica, nos referimos a Baruch Spinoza y su definición del deseo como la esencia del hombre. A partir de esta esencia, se abre la pregunta ¿es lo mismo lo que deseamos y lo que es deseable?

Primero, hay que poner en términos de deseo la cuestión de equiparar el bien y el placer y subrayar que la distancia entre lo deseado y lo que es deseable es tal que existe una disyunción entre el deseo y el bien. Entonces, es posible decir que el deseo es a la vez el corazón mismo de la subjetividad y, paradójicamente, también es lo que se opone a la subjetividad como una resistencia, como un núcleo rechazado.

Utilizaremos la lectura que hace Enrique Carpintero (2007) para resumir que los afectos y las pasiones en la lógica de Spinoza son entendidas como modos en que el sujeto se relaciona con él y con los demás, y le sirven para encontrar respuestas a las causas que llevan al colectivo social a obedecer políticamente. Las pasiones son un fenómeno de la naturaleza y nadie debería suprimirlas o dominarlas, sino que se deberían comprender para tomar mayor conciencia de ellas y utilizarlas en pos de que habiliten una mayor potencia, tanto en el plano individual como colectivo, es decir, para construir una democracia de la alegría de lo necesario. Según esta perspectiva, el esfuerzo ético se va a enfocar en transformar las pasiones tristes en pasiones alegres, y luego en *acciones*. Este proceso conlleva el aumento de la potencia personal y de la escala del conocimiento, porque cuando nos encontramos bajo el dominio de las pasiones perdemos nuestra autonomía y libertad. Por lo tanto, el objetivo del esfuerzo ético es liberarnos del control de las pasiones tristes y alcanzar la capacidad de actuar en el mundo de manera libre y autónoma, en sus palabras:

Este esfuerzo, cuando se refiere al espíritu solo, se llama voluntad, pero cuando se refiere a la vez al espíritu y al cuerpo, se llama *apetito*; por ende, éste no es otra cosa que la esencia misma del hombre (...) Además, entre apetito y deseo no hay diferencia alguna, si no es la de que el deseo se refiere generalmente a los hombres, en cuanto que son conscientes de su apetito, y por ello puede definirse así: *el deseo es el apetito acompañado de la conciencia del mismo*. (Spinoza, 2006, Prep. IX, Escolio)

Claro que la idea de que las pasiones puedan llevarse puesta la armonía de cualquiera aparece también en su pensamiento, pero no se puede apelar a un juicio moral sobre ellas. Nada menos que porque son naturales. El objetivo será entonces poner a colaborar con la razón a las pasiones alegres, que incrementan nuestra capacidad, potencia y fuerza de vivir en una especie de *gestión de sí*. En estrecha relación está el objetivo de la política que, como dice Diego Tatián (2001), no es imponer el orden sino promover la libertad, lo que se logra al incrementar la potencia tanto individual como colectiva, mediante la orientación de las emociones y pasiones. Una república libre no quiere ciudadanos pasivos y obedientes, más bien todo lo contrario: precisa de sujetos más autónomos y libres gracias a su razón apasionada.

Las pasiones van a ser la materia prima que utilizarán los ciudadanos que comparten una pasión común para transformar la vida solitaria en una *multitudo*, que es la fuerza de una política cuyo horizonte ético parte de una democracia plena, basada en la libertad de la necesidad. De esta manera, el contrato social instaurado por el miedo y la

obediencia podrá convertirse en una política donde la fuerza del colectivo social genera comunidad; es decir que el poder político no proviene de una relación contractual, sino de la potencia del colectivo social.

En este contexto, la comunidad posee un carácter ontológicamente más real que los individuos que la componen. Sin embargo, es válido considerar que para alcanzar este estado de democracia plena se deben atravesar etapas en las cuales los miedos y las esperanzas requieren de una organización política que permita el pasaje de la sumisión hacia la acción colectiva, el hacer con los otros.

En Spinoza la cooperación recibe un sentido político al definir que nada es más útil a un hombre que otro hombre y que la libertad es el medio por el cual "el hombre que se guía por la razón es más libre en el Estado, donde vive según leyes que obligan a todos, que en la soledad, donde sólo se obedece a sí mismo" (Spinoza, 1980, p. 239). La cooperación en pos del bien de todos libraría al hombre de vivir expuesto a las pasiones que le restan en potencia de actuar y en consecuencia, en vida. De esta forma se genera un espacio de autonomía y libertad para construir una democracia de la alegría de lo necesario, como dice Ernesto Carpintero (2007).

#### 4. Ética del Psicoanálisis

*Lo lamento, más es un hecho; Freud no era progresista en ningún grado (...) tan sólo no participaba de cierto tipo de prejuicios burgueses. Dicho esto, es un hecho que Freud no era marxista. Lacan.*

La precisión de Lacan para utilizar el término ética y no el de moral deja en evidencia la profunda insatisfacción que provocan tanto la filosofía tradicional como la psicología contemporánea, porque en definitiva no son más que una mascarada o una coartada cuando se trata de abordar la pregunta por la acción del hombre, en particular aquella que se define como acción moral.

Si bien el término *Ética del psicoanálisis* es introducido por Lacan en el Seminario 7, se pueden rastrear apuntes anteriores de esta enseñanza, ya Freud y otros autores han abordado relaciones entre el psicoanálisis y la ética. El primer ejemplo es el axioma freudiano que, instando a asumir la propia causalidad, se ubica en estrecha relación con el propósito spinoziano de devenir la causa de sí. Desde allí la ética psicoanalítica relaciona la acción con el deseo. Lacan plantea esta relación de forma interrogativa al inquirir "¿has actuado de acuerdo con el deseo que te habita?" (Lacan, 1997, p. 314), una fórmula que opera sobre la verdad singular del sujeto, a través de los significantes que marcan su historia, tratando, caso a caso, de proponer un cambio de posicionamiento en relación al propio malestar, una interpelación que permita responsabilizarse de sí. Un dato que no hay que perder de vista es que Lacan no dirige esta pregunta a un hombre cualquiera, sino que traza el horizonte sobre el cual camina la experiencia analítica. El deseo se anuda en el discurso del sujeto y al respecto el analista sólo sabe que del deseo nada se puede saber, ¡ahí está la ética! En el hecho de no responder a la demanda de felicidad (González Arévalo, 2017).

Esta perspectiva contrasta con las éticas tradicionales de filósofos morales como Aristóteles y Kant, que proponen enfoques al servicio de los bienes, bienes que compiten por el estatus de Bien Supremo. En análisis, el bien es un obstáculo en la vía del deseo, de lo que se sigue que el deseo del analista no pueda consistir en *hacer el bien*. En toda experiencia analítica hay implícita una posición ética, esa posición del analista es claramente revelada por el modo en que formula la meta de la cura. Por ejemplo, las psicologías del yo implican una ética normativa que pretende la adaptación del yo a la realidad. En oposición a ella, Lacan retorna a Freud para formular una ética analítica que

coloca al afecto en la rúbrica de la señal. Más adelante, en el mismo texto, la ética del deseo es planteada cuando propone que “de la única cosa de la que se puede ser culpable, al menos en la perspectiva analítica, es de haber cedido en su deseo” (Lacan, 1997, p. 379). Se juega algo alrededor de la traición cuando se la tolera, cuando -en nombre del bien - se cede al punto de reducir las propias aspiraciones.

Retomando la idea de que el análisis implica un desafío ético doble, desde el lado del analizante están la culpa y los aspectos patógenos de la moral civilizada. Desde la orilla del analista, el problema consiste en cómo tratar con la moral patógena y la culpa inconsciente del analizante, y también con toda la gama de problemas éticos que pueden surgir en la cura. Estas dos fuentes de problemas éticos le plantean diferentes interrogantes al analista.

En primer lugar, ¿cómo se ha de responder al sentimiento de culpa del analizante? No está de más decir, en un contexto en que la demanda popular se enuncia en clave quirúrgica acorde al imperativo de felicidad que refuerza el impulso de extirpar el malestar del cual nadie quiere saber nada; que no será por la vía de mitigar o atenuar ese sentimiento. Por el contrario, como artistas de la palabra analítica debemos prestar suma atención al sentimiento de culpa, pues en el fondo siempre que el analizante manifiesta culpa se debe a que en algún punto, ha cedido en su deseo, por lo tanto la tarea del analista consistirá en descubrir dónde el analizante ha cedido en su deseo. En segundo lugar, ¿cómo se ha de responder a la moral enloquecedora que se ejerce a través del superyó? Si bien algunos han querido considerar que, de acuerdo a la concepción freudiana de la moral como fuerza patógena, el analista tiene que ayudar al analizante a liberarse de las coacciones morales, Lacan no sala las heridas, se remite al Freud pesimista de *El malestar en la cultura* y sostiene categóricamente haber tenido “buen cuidado de decir que la ética de Freud era humanitaria, lo que no es precisamente decir que él fuera un reaccionario, pero que articulado de otro lado, él no era progresista” (Lacan, 1997, p. 183). De modo que el psicoanálisis no es simplemente un *ethos* libertino.

Así como para Kant el ser se concibe en términos de un automandato comandado por ley de la razón, para Lacan alguien que no arriesga su vida por su deseo es un sinvergüenza que, en detrimento de sus pasiones, inevitablemente padecerá malestar. De lo que se sigue que apuntara el dispositivo analítico a escuchar un sujeto que es efecto de la materialidad del significante, un sujeto dividido, dependiente del Otro que está allí como deseante. Por eso “el deseo es el deseo del Otro” (Lacan, 1987, p. 15) y para que el deseo circule es imprescindible que la falta que lo causa no sea obturada. Si la regla fundamental del método analítico se apoya en una suspensión de todo juicio, la asociación libre consiste en admitir largas cadenas de razones que aparecen, sin ningún tipo de juicio de valor. Lo importante primeramente es admitir la existencia de tales pensamientos y seguir su hilo:

La rememoración no es la reminiscencia platónica, no es el regreso de una forma, de una huella, de un *eidós* de belleza y de bien, que nos llega del más allá, de una verdad suprema. Es algo proveniente de las necesidades de estructura, de algo humilde, nacido a nivel de los encuentros más bajos y de toda la barahúnda parlante que nos precede, de la estructura del significante, de las lenguas habladas de manera balbuceante, trastabillante (Lacan, 1987, p. 55-56)

Extraer algo de la enunciación para devolverlo al analizante es decir poca cosa, pero esa poca cosa puede abrir una hiancia en que el sujeto *se hace*. No sólo lugar, sino que se hace a sí mismo en tanto se reconoce y en el mismo acto despliega su dimensión deseante; con algunas interpretaciones podrá encontrar una forma de malentendido, no con la cual, sino en la cual poder vivir. Desde la ética así esbozada es que Lacan propondrá la confesión del deseo como fin del análisis, como dirección hacia donde el

sujeto es dirigido. Finalmente, propone en sintonía con Freud el final del análisis en términos de falo y castración, de asunción de una falta:

porque en los dos casos su deseo está en otra parte: es el de serlo, y es preciso que el hombre, masculino o femenino, acepte tenerlo y no tenerlo, a partir del descubrimiento de que no lo es. Aquí se inscribe esa Spaltung última por donde el sujeto se articula al Logos, sobre la cual Freud al empezar a escribir, nos daba en el extremo último de una obra a la dimensión del ser, la solución del análisis infinito, cuando su muerte puso en ella la palabra Nada. (Lacan, 2014, p. 611)

En efecto, el carácter ético de la empresa analítica es establecido por la naturaleza del sujeto mismo que en ella constituye el eje central. Se trata del sujeto de la enunciación, sujeto deseante que de forma intermitente se suscita mediante el acto analítico. La ética del deseo no alimenta el goce del Otro, aún cuando esto implique contrariar mandatos despiadados. Por ello se dice que la ética kantiana, del mismo modo que todo discurso normalizante, conduce al sujeto a una segunda muerte: habitar sólo en la ley taponando tanto la falta como la división subjetiva. Diferencia sustancial entre el psicoanálisis y las psicologías, que en su afán por ajustarse al ideal de la época dictan correcciones infalibles jueces del comportamiento, en tanto el primero abre interrogantes que invitan a desplegar la intrincada red de nuestras motivaciones y pasiones.

En la década de 1970 va a cambiar el énfasis de la ética; un pase del interrogante del actuar al interrogante de la palabra se convierte entonces en una “ética del bien-decir” (Lacan, 1987, p. 65). No obstante, más que una oposición esto representa una diferencia de entonación, puesto que para Lacan decir bien es en sí mismo un acto. De lo que se trata es de llevar al sujeto al encuentro con una forma de malentendido, con un modo de imposible que implique un sufrir *de menos* en el cual el sujeto pueda subsistir (Charaf, 2019).

Está sobre la mesa cómo Lacan recupera la definición spinoziana del deseo a la par que rechaza su concepción del amor como Supremo Bien. Lo que sucede es que aunque se vuelva a la filosofía de Spinoza para devolver al deseo su dimensión, el interés del psicoanálisis no es filosófico sino clínico: “pero él, el analista, sabe que esta cuestión es una cuestión cerrada. No solamente lo que se le demanda, el Soberano Bien, él no lo tiene, sin duda, sino que además sabe que no existe” (Lacan, 1997).

## 5. Lacan con Spinoza

*El deseo es la expresión más auténtica de nuestra capacidad de transformar el mundo*

Dos siglos después de “la esencia del hombre es el deseo” (Spinoza, 1980, p. 25), Lacan se propone integrar en el campo de la ética los desarrollos freudianos sobre el deseo cuando reconoce que es de la propia energía del deseo de la que surge aquella que operará como instancia moral (Mesa Duque, 2012). Separar la reflexión moral de la propiamente ética fue necesario para los dos autores, que generaron así un distanciamiento tanto de la idea de un bien supremo, como del deber kantiano pensado como universal e imperativo. Los movimientos de cada uno se hunden en las pasiones humanas para derivar de ellas los mecanismos de regulación. De esta manera, Lacan transmite la maniobra de Freud al elevar los deseos que la Ética aristotélica excluye de la reflexión moral, colocándolos en el primer plano de la experiencia analítica. En esta

inversión, la dimensión ética ya no se arraiga en el marco del ideal ni de la razón, sino en el deseo mismo.

Según Èlisabeth Roudinesco (2007), la *Ética demostrada según el orden geométrico* ejerció una gran fascinación en el Lacan adolescente, al punto de cubrir con ella las paredes de su cuarto, trazando con flechas de colores la dirección hacia dónde él considera que se dirigía ese escrito. La misma Roudinesco destaca la importancia que la Ética volvió a tener para el psicoanalista francés en su tesis doctoral, donde recupera la

noción de discordancia y la pone a trabajar en su concepción de la locura. La inclinación hacia Spinoza no cesa; aún en 1959, cuando señala que Antígona se vió arrastrada por una pasión y que lo importante es saber de qué pasión se trata (Lacan, 1997), ¿está latiendo en su corazón el mismo spinozismo del que hablaba Roudinesco?

Ya en el primer año del Seminario el psicoanalista francés se refiere a tres pasiones fundamentales. A las pasiones básicas de la filosofía, amor y odio, agrega una tercera, la ignorancia; y con la Docta Ignorancia (Lacan, 2014) subraya la necesidad de considerar que el analista no guía hacia un saber, sino hacia las vías de acceso al saber. Es totalmente pertinente recuperar de José Refugio Velasco García (2019), un psicoanalista mexicano, la reflexión sobre la pasión por la ignorancia en el psicoanálisis: Spinoza en la pluma Lacan.

Primeramente, las pasiones, nos precipitan a las puertas de la discusión sobre el orden social y las leyes que intentan promover la convivencia al interior de un sistema de producción capitalista que ya avanzaba a pasos firmes en aquel entonces. De esta manera, evidencian que esa estructura social moderna será enrevesada y reinventada permanentemente al calor del amor, el odio, la tristeza, la alegría, y el deseo. Su potencia se articula a los movimientos sociales, que tienen que ver con el desorden y el exceso, pero también con el esfuerzo. La complejidad de una articulación entre el deseo y las pasiones es un tema que sobrepasa los límites de este trabajo, por lo cual se sugiere a futuro realizar un análisis mucho más exhaustivo.

El meollo de conocer a fondo las pasiones es producir una relación activa con éstas, ese conocimiento es el que permite un cambio de posicionamiento con respecto al propio padecer, en cuanto ser pasional. La estación en el primer género de conocimiento, en que la verdad es la experiencia inmediata donde las pasiones ejercen su dominio, conlleva el tormento y la confrontación con los otros, cuya consecuencia es habitar juntos un infierno pasional. Pero en un análisis, lo que se pretende es producir un saber articulado al devenir pasional, sin establecer juicios de valor sometidos a los ideales de salud o enfermedad de la moral preestablecida; y al reconocer ese vacío de saber se configura el dispositivo freudiano con el que se convoca al sujeto apasionado para que explore su padecer.

En el ámbito clínico se manifiestan la insistencia, la consistencia y el apremio de la repetición, llegan al consultorio sujetos agitados por la pasión, que no se deshace su nudo con el síntoma. Y los mismos psicólogos, en tanto sujetos, están envueltos sus propias pasiones, pero ejercer la función analista implica tomar cierta distancia del propio juego fantasmático para adentrarse y pesquisar la satisfacción pulsional que está en juego. Ésta es una de las diferencias más radicales entre el psicoanálisis y las psicologías. De modo que el psicoanálisis nunca fue progresista, su espíritu subversivo es evidente y manifiesto no sólo porque va a contrapelo de las identificaciones y los ideales, sino porque además constata que el sujeto puede encontrar "felicidad en el mal".

La docta ignorancia será la posibilidad de reconocer cómo el deseo se articula a otras pasiones. Propuesta que adquiere más sentido cuando se piensa en Antígona, cuyo deseo apasionado está marcado por toda una serie de acontecimientos y, afectada por la pasión mortífera de los hermanos, la política y la ley, rechaza la prohibición de rendir los ritos fúnebres a su hermano. No puede someterse a la ley que lo nomina traidor y paga

con su propia vida la trasgresión. Esos límites, a los que llega envuelta en las llamas de su pasión, están descritos en gran parte de la *Ética* de Spinoza y Lacan se ha comprometido a la exploración de esos límites de la pasión, coloca a la docta ignorancia como la posibilidad de reconocer que el deseo se articula a otras pasiones.

El analista sabe que el sujeto sabe, pero que no quiere saber y es presa de una pasión por la ignorancia. De la ignorancia que se trata es de una sumamente singular, que es expuesta claramente por el filósofo judío: “además cada cual juzga según sus afectos, lo que es bueno, lo que es malo, lo que es mejor y lo que es peor, se sigue que los hombres pueden variar tanto por el juicio como por el afecto” (Spinoza, 1980, p. 152) y que el psicoanálisis reivindica en *Variantes de la cura-tipo*: “el fruto positivo de la

revelación de la ignorancia es el no saber, que no es negación del saber, sino su forma más elaborada” (Lacan, 2009, p. 343), es decir, la fórmula del caso por caso. El dispositivo psicoanalítico se construye como posibilidad para explorar esa relación saber-ignorancia que hace nudo con el síntoma y el delirio. Si el analista puede ejercer su función y comprometerse con la temporalidad de la escucha, podrá abrirse lugar a que todo el juego pasional en que está inmerso el sujeto se despliegue y se pongan a trabajar los significantes que lo determinan, por ello se dice que “el analista es aquel que resiste la demanda, no como suele decirse para frustrar al sujeto, sino para que reaparezcan los significantes en que su frustración está retenida” (Lacan, 2014, p. 589).

A su vez, la última forma de Spinoza apunta a la esencia: elevarse desde las nociones comunes hacia las esencias singulares de cada cosa es la potencia en sí misma. Esta forma de conocimiento se puede poner en tensión con la idea de Lacan de un *saber hacer allí*, ese saber desembrollarse de lo real, propuesto en el Seminario *L'Insú* (Eisbroch, 2015). Por muy interesante que resulte esta arista de la articulación entre ambos pensadores, se propone un futuro análisis en mayor detalle para indagar a fondo en el tema.

**A modo de cierre**

*que el amor es impotente porque ignora que no es más que el deseo de ser Uno y que eso no saca a nadie de sí mismo.*

*Lacan.*

Las pesadillas con que debemos trabajar en la clínica no son siempre formaciones del inconsciente, a veces se trata de un exceso de realidad que genera subjetividades construidas en la vulnerabilidad y la fragmentación. La violencia e indiferencia propias del lazo social de la comunidad actual hacen pensar en un vaciamiento de la subjetividad fundamentada en procesos desidentificatorios. La dominación se ejerce hoy sellando en las subjetividades la impresión de que nada puede ser modificado y se oculta el entramado social que ubica a tantos en los márgenes, dejándolos por fuera de los circuitos discursivos, pero lo suficientemente dentro del orden como para hacerlos cargar con la culpa por no haberse esforzado lo suficiente.

Se ha explorado un vínculo posible entre las producciones éticas de Baruch Spinoza y Jacques Lacan, dos grandes pensadores cuyas ideas se tocan alrededor del deseo. A través del análisis de sus obras, fue posible retomar la forma en que Lacan recupera y expande los conceptos freudianos del deseo, integrándolos en el campo de la ética y rompiendo con las concepciones tradicionales del bien supremo y el deber kantiano. Para ello, se ha revisado la fuerte influencia del spinozismo en su pensamiento, desde la adolescencia hasta su última enseñanza, dejando esta puerta abierta para una futura investigación. El diálogo entre filosofía y psicoanálisis posibilita el debate sobre una preocupación urgente: cuestionar los discursos normalizantes impregnados de conceptos psicológicos y formas discursivas que buscan desvanecer los síntomas, pero terminan desvaneciendo al sujeto y reforzando las políticas de exclusión.

El discurso del psicoanálisis demuestra su relevancia en el estudio de la subjetividad cuando permite la emergencia del sujeto de la palabra y reivindica en primer plano lo singular y contingente del sujeto de la enunciación. Nos hemos sumergido en la búsqueda de la verdad singular que se manifiesta en la instalación del dispositivo analítico, una búsqueda que se enfrenta a las lógicas normativas y excluyentes de la sociedad contemporánea. La Ética del psicoanálisis hereda de la Ética del deseo spinozista el desafío de abandonar los prejuicios morales tradicionales y construir nuevas perspectivas éticas. La complejidad de motivaciones, deseos y responsabilidades, insta a reconocer que la ética no puede ser reducida a reglas fijas o normas universales, sino que debe ser un proceso de reflexión continua y diálogo con uno mismo y con los demás.

Una de las contribuciones más significativas es que al situar el deseo en el centro, se desafían los juicios de valor arraigados en el ideal y la razón, pues la dimensión ética se basa en la propia energía del deseo. De esta manera, hay un desplazamiento hacia la exploración de las pasiones humanas, reconociendo su potencia y su influencia en la transformación del mundo. Juego pasional del que Spinoza ha dado cuenta rigurosamente en los albores de la modernidad; sus aportes más pertinentes provienen de su Teoría de las pasiones, cuya concepción no puede ser pensada sin tener en cuenta su definición de libertad, autonomía y democracia.

Entre las pasiones fundamentales, una adquiere un lugar especial en la Ética del Psicoanálisis ya que permite ahondar sobre la posición del analista. En el ámbito clínico, estas reflexiones adquieren un significado particular. La función analista es resistir la demanda del sujeto para permitir que emerjan los significantes que sustentan su frustración y ponerlos a trabajar. El psicoanálisis se presenta como un dispositivo que invita al sujeto a explorar su padecer y establecer una relación activa con sus pasiones. A diferencia de las psicologías, el psicoanálisis no se somete a ideales preestablecidos de salud o enfermedad moral, sino que reconoce el valor del saber articulado al devenir pasional. Nuestra historia se convierte así en las huellas indelebles que las pasiones han dejado en nuestra vida. Y si esto es así, vale la pena invocar a la palabra para capturar aquello que, en apariencia, escapa a los confines de la razón.

Spinoza en su obra también subraya cómo nuestros juicios y valoraciones están determinados por nuestros afectos y ambos autores reconocen que el sujeto puede ser presa de una pasión por la ignorancia, resistiéndose al conocimiento que podría conducir a una transformación y liberación personal. El sujeto que se guía por una razón apasionada no será un sujeto sometido a la obediencia porque no aliena sus derechos, sino que compone potencias. Por ello, el objetivo de la política es la libertad, el incrementar la potencia individual y colectiva a través de la orientación de las pasiones.

En este sentido el estudio de la relación entre ambos adquiere una riqueza lírica para el psicoanálisis. Ha permitido ceñir la complejidad de las pasiones y su influencia en la dimensión simbólica al reconocer que el sujeto puede encontrar una especie de ganancia en el padecimiento. El psicoanálisis desafía los juicios morales preconcebidos y

se sumerge en los abismos de la experiencia pasional: se construye un espacio en el que se podrá explorar la relación entre el saber y la ignorancia, y se invita al sujeto a adentrarse en su propio juego pasional y descubrir los significantes del Otro que lo determinan.

Existe un vínculo ético entre Spinoza y Lacan y su estudio demuestra la importancia del deseo en la transformación del mundo y en la vida subjetiva. Al reconocer la relevancia de las pasiones y la ignorancia, el psicoanálisis se posiciona como un campo que abraza la complejidad humana y se sumerge en las profundidades de la experiencia pasional. Sostener un marco ético nos acerca a una comprensión más profunda de la subjetividad que posibilite nuevas formas de abordar no sólo los padecimientos, sino también las formas de cooperación que permite el lazo social.

Se ha trazado una ruta que invita a continuar explorando los antecedentes filosóficos y epistemológicos del psicoanálisis con el consecuente desafío de repensar los fundamentos éticos de la praxis. En futuras investigaciones, se podrá profundizar más en la relación entre el saber-ignorancia y las nociones comunes y esencias singulares de cada área de producción teórica.

Lacan, un año después del seminario dedicado al deseo y su interpretación, aborda la relación entre el deseo y la acción, la implicación subjetiva en la toma de decisiones y la responsabilidad ética. Para ello, hubo una abundante revisión de los antecedentes filosóficos entre los que consideramos a Spinoza un sólido punto de partida de su interés por la cuestión ética. La ética del deseo de Spinoza, con su énfasis en comprender cómo el hombre se comporta y se apropia de su propia vida, proporcionó una base conceptual desde la cual examinar y comprender la dinámica psíquica y los procesos de deseo que subyacen en el psicoanálisis. Comprender el deseo humano y su papel en la vida individual y social permitía potenciar la capacidad de actuar y perfeccionar la naturaleza humana.

En conclusión, Lacan no podría haber concebido y desarrollado la ética del psicoanálisis sin los desarrollos anteriores de la *Ética ordenada según el orden geométrico*. Esta conexión fundamenta la relevancia del estudio de la *Ética del psicoanálisis*, ya que nos permite comprender cómo la exploración de los fundamentos filosóficos puede dar lugar a una crítica de las moralidades que excluyen, promoviendo una visión más inclusiva y solidaria de la sociedad.

Se han abordado uno a uno los diferentes puntos problemáticos de la especificidad ética del psicoanálisis, proponiendo herramientas para repensar y cuestionar las estructuras morales que generan políticas de exclusión y promueven una cultura individualista. Ampliar la comprensión del deseo, la subjetividad y la responsabilidad ética invita a reflexionar sobre cómo las acciones y elecciones del sujeto se incluyen en la construcción de una comunidad organizada, más justa, solidaria y respetuosa de la diversidad.

Es a través de este diálogo entre filosofía y psicoanálisis que podemos aspirar a generar transformaciones significativas en nuestra manera de vivir, en búsqueda de una sociedad más justa, consecuente con la singularidad de la dimensión subjetiva y solidaria con las diferencias.

### **Referencias Bibliográficas**

Allouch, J. (2007). *El psicoanálisis ¿Es un ejercicio espiritual?* Respuesta a Michel Foucault. Buenos Aires: Ed. El cuenco de Plata.

Arendt, H. (2009). *La condición humana*. Buenos Aires: Paidós.

Cárdenas, M. (2004). Del psicoanálisis y las psicoterapias. *Virtualia*, nº 11.

- Carpintero, E. (2007). *La alegría de lo necesario: las pasiones y el poder en Spinoza y Freud*. Buenos Aires: Topía Editorial.
- Castellanos, S. (2013, noviembre 8). *Palabras y Cuerpos, encuentros y desencuentros* [Conferencia]. II Jornadas de Psicoanálisis y Medicina, Barcelona. <https://santiagocastellanos.es/la-etica-del-bien-decir/>
- Charaf, D. (2017). *Dios, el deseo y el amor en la ética de Spinoza*. IX Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología, XXIV Jornadas de Investigación, XIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires. <https://www.aacademica.org/000-067/840.pdf>
- Charaf, D. (2019). *La Ética de lo imposible*. Buenos Aires: RIMBA.
- Eisbroch, J. (2015). *El cuerpo: entre Spinoza y J. Lacan*. VII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología, XXII Jornadas de Investigación, XI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires. <https://www.aacademica.org/000-015/738.pdf>
- Freud, S. (2013). Sobre psicoterapias. En *Obras Completas Vol 7*. (pp. 1007-1014) Buenos Aires: Editorial Siglo XXI.
- González Arévalo, A. (2017). La ética del psicoanálisis. *Boletín Psicoevidencias*, nº 48. <https://www.psicoevidencias.es/contenidos-psicoevidencias/articulos-de-opinion/82-la-etica-del-psicoanalisis/file>
- Lacan, J. (1987). *El seminario de Jacques Lacan. Libro 11: Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1988). La Tercera. En *Intervenciones y Textos 2*. Buenos Aires: Ed. Manantial.
- Lacan, J. (1997). *El seminario de Jacques Lacan. Libro 7: la Ética del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1998). Reseña del Seminario de la ética. En *Reseñas de enseñanza*. Buenos Aires: Ed. Manantial.
- Lacan, J. (2009). Variantes de la cura-tipo (pp. 311-347). En *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (2012). Televisión. En *Otros Escritos*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Lacan, J. (2014). *El seminario de Jacques Lacan. Libro 6: El deseo y su interpretación*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2014). La dirección de la cura y los principios de su poder (pp. 559-616); Observación sobre el informe de Daniel Lagache: Psicoanálisis y estructura de la personalidad (pp. 617-652). En *Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Mesa Duque, C. (2012). Del entendimiento al bien-decir: un estudio comparativo sobre la

ética entre Spinoza y Lacan. *Affectio Societatis*, Vol. 9 (nº 17).  
<https://revistas.udea.edu.co/index.php/affectiosocietatis/article/view/14039/12454>

Molina, G. (2022). Dios Punk: la historia de un suicidio y de cuando el escrache reemplaza a la Justicia. *El Diario AR*.  
[https://www.eldiarioar.com/sociedad/dios-punk-historia-suicidio-escrache-reemplaza-justicia\\_1\\_8634839.html](https://www.eldiarioar.com/sociedad/dios-punk-historia-suicidio-escrache-reemplaza-justicia_1_8634839.html)

Patricio Rey y sus Redonditos de Ricota (1986). *Música para pastillas*. En *Oktubre*. Buenos Aires: Wormo.

Rodríguez, V. (4 de abril de 2021). La Justicia pidió sanción para psicóloga que engañó a una niña violada para que no abortara. *El Ciudadano*.  
<https://www.elciudadanoweb.com/la-justicia-pidio-sancion-para-psicologa-que-engano-a-una-nina-violada-para-que-no-abortara/>

Sampson, A. (1998). Ética, moral y psicoanálisis. *Revista Colombiana de Psicología*, n º7  
<https://revistas.unal.edu.co/index.php/psicologia/article/view/16055>

Spinoza, B. (1980). *Ética. Demostrada según el orden geométrico*. Madrid: Orbis S.A.

Spinoza, B. (2006). *Las cartas del mal. Correspondencia Spinoza-Blijenbergh*. Buenos Aires: Caja Negra.

Tatián, D. (2001). *La cautela del salvaje. Pasiones y política en Spinoza*. Buenos Aires: Ed. Adriana Hidalgo.

Velasco García, J. (2019). De la pasión de saber en Descartes y Spinoza a la pasión por la ignorancia en el psicoanálisis. En *Tramas. Subjetividad y procesos sociales*. Vol 51. México: Ed. Universidad Autónoma Metropolitana.